

Transferencia (y Contratransferencia) en la formación del analista *

Cristina López de Cayaffa,¹ Javier García Castiñeiras,² Carmen Rovira,³ Susana García.⁴

A fines de mayo de 1996 se realizó en la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (A.P.U.) el Segundo Encuentro Latinoamericano de Institutos de Formación Psicoanalítica.

Estos encuentros se originaron en 1994, a partir de una idea de A.P.A. (Asociación Psicoanalítica Argentina) que organizó el primero en la ciudad de Buenos Aires.

El motivo de la convocatoria era y es llenar una necesidad de abordaje de problemas de la formación que exceden el marco de los pre congresos de I.P.A. y F.E.P.A.L. y en el que participen todos los actores de la formación, tanto miembros como candidatos.

El tema que nos reunió en Montevideo fue el mismo de este Pre-Congreso, y no ha sido por razones pragmáticas que el grupo uruguayo hace esta propuesta temática, sino, como decíamos al prologar la publicación del Encuentro: «Pensar la transferencia en la formación nos lleva a situarnos en el centro mismo de la reflexión sobre una práctica

*. Relato Oficial Pre—Congreso Didáctico de F.E.P.A.L. Monterrey — Méjico. Los autores son miembros de la Dirección del Instituto de Psicoanálisis de APU (período 1994-1996). Canelones 1571 CP 11.200. Fax 48 04 39.

¹. Miembro Titular de APU. Directora del Instituto de Psicoanálisis de APU (período 1994-1996).

². Miembro Titular de APU. Coordinador Docente período 1994-1996. Actual Director del Instituto de Psicoanálisis.

³. Delegada de Candidatos, período 1995-1997.

⁴. Delegada de Candidatos, período 1995-1997.

que nos convoca, involucra y define como analistas».

La fertilidad de los espacios de confrontación y reflexión se propició asimismo a través del encuentro de candidatos y analistas con funciones didácticas. Este cruce de analistas en diferentes etapas de la formación —y siempre nos estamos formando— que provenimos de diferentes instituciones, con modelos formativos distintos, abrió un diálogo, un interjuego de diferentes perspectivas, que nos enriqueció conceptualmente con nuevas articulaciones al tiempo que dio lugar al desmonte de certezas con la consiguiente apertura de espacios de duda productiva.

Esta ponencia retoma algunos puntos de las discusiones y los retrabaja desde ideas y perspectivas surgidas en nuestro grupo.

Queremos en primer lugar hacer una presentación de algunas características del Instituto de A.P.U.

En nuestro Instituto ya desde la reforma de planes de formación del año 1974 se independiza el análisis del candidato de todo tipo de reglamentación institucional.

El otro gran cambio producido en esta reforma del 74 fue la eliminación de la categoría «Didactas» creándose tres grupos de funciones didácticas (Analistas, Supervisores y Docentes), con carácter de grupos de estudio, discusión y regulación interna del ejercicio de la tarea.

Poníamos así el acento en que se trata *defunciones didácticas* y no de una categoría investida de saber y poder. Es en la consistencia del funcionamiento del grupo como espacio de interlocución que este se sostiene y sustenta al analista en su función institucional.

Se procuró especialmente preservar el análisis personal del candidato lo más libre posible de ingerencias extrañas al proceso mismo del análisis. Esto se instrumentó a través de la *no intervención* del Analista del Instituto en ninguno de los pasos del proceso formativo.

Obviamente una medida así no libera totalmente el campo de los efectos que la fantasmática del poder siempre despliega, pero los acota en el respeto por el “setting”.

El campo transferencial (contratransferencial) es telar donde los hilos del deseo tejen enlaces que se arman en sentidos transitorios y sin-sentidos que relanzan la investigación analítica. Pero también puede servir de almácigo a patologías propias del proceso: idealización excesiva, identificaciones narcisistas sometimiento y poder. En la dimensión imaginaria de la transferencia, las coagulaciones de sentido atascan el movimiento siempre buscador del deseo.

La norma de no intervención como garante institucional despeja el campo de

encuentro bi-personal de ingerencias reales, al tiempo que lo abre al juego fantasmático a analizar.

La formación y su basamento

El trípode constituye una imagen que metaforiza la tradicional triple apoyatura de base que sustenta la formación analítica. Esta imagen da cuenta, pensamos, de un modo de operar donde la presencia encarnada del inconsciente y sus efectos en estas tres zonas, se manifiesta en un dinamismo conflictivo donde justamente radica su potencialidad productiva.

Expresa así la esencia de un trabajo de fuerzas que se combinan y articulan para producir momentos de estabilidad inexorablemente destinados a perderse relanzando el trabajo analítico en el intimismo de la indagatoria personal o propulsando movimientos que hacen al equilibrio dinámico en lo institucional.

Producción y cruce de transferencias idealizaciones y resistencias en cada una de las tres zonas. Sustancia de un trabajo fundado en la existencia del inconsciente, concepto eje de la condición humana.

Testimonio de este dinamismo en nuestra institución ha sido el cambio de Planes de Estudio en 1994, cambio que fuera precedido por un período de reconsideración, investigación y replanteo de la situación. Suerte de semiología diagnóstica del organismo institucional que al detectar dificultades en la estructura formativa del Instituto promovió reformas. Se procuraba así evitar que la Institución promueva regresiones en el candidato y a situarlo en posición de elegir y construir su propio recorrido formativo.

La frecuente mención a un «cuarto pilar» (Marco Institucional, Miembros, Admisión) da cuenta de esa búsqueda vital de equilibrio en cuya peripecia crecemos personal e institucionalmente.

El hecho que este cuarto pilar se constituya y circule en el imaginario con diversos caracteres y designaciones que varían de una Institución a otra o de un tiempo a otro, pero que no llegue nunca a oficializarse, testimonia a su vez de la necesidad del conflicto movilizador.

No es desde la cómoda estabilidad del equilibrio logrado que se promueven en nosotros los cambios que nos forman y conforman.

Es la experiencia del equilibrio perdiéndose – recuperándose, operando transformaciones en lo personal y en lo institucional, lo que da cuenta del proceso formativo, un proceso que más allá del tránsito por el Instituto, no finaliza nunca.

Nuevos trípodes toman posición en el analista egresado que dan cuenta quizás, de la necesidad de funcionamiento en la terceridad: reanálisis o autoanálisis permanente en un polo, ejercicio del análisis con pacientes en otro y una tercer polaridad las instancias de intercambio institucional o estos encuentros interinstitucionales . En este nuevo trípode sustentador del analista en ejercicio circulan, se producen y reciclan viejos–nuevos fenómenos del campo transferencia–contratransferencia.

¿Un cuarto pilar?

En un momento de la discusión en el Encuentro de Institutos, la referencia al trípode formativo se aludió como «Trinidad». Cuando el Psicoanálisis toca el tema de la religiosidad no queda inmune a que los motivos de ella se desplieguen también en su propio seno.

Certezas intocables, dogmas, idealizaciones, ilusiones, creencias etc. son inevitables productos humanos que se hace necesario estar prestos a desconstruir para que adquieran otros rumbos, por lo general inquietantes.

Si la institución analítica adquiere los perfiles del templo religioso y los analistas (didactas) los supuestos fieles transmisores de una también supuesta «verdad» del maestro, o de la «verdadera» lectura de las sagradas escrituras, habremos resignado el inquietante carácter subversivo del psicoanálisis por la comodidad serena y adormecedora de quien cree haber recibido y poseer la verdad revelada.

Habremos hecho del trípode dinámico un pétreo monumento estático.

Frente a lo desconocido, a la incertidumbre, las resistencias no son solo del analizante. Se hace necesario ponderar las resistencias del analista, y las de la institución analítica. Resistencias constituidas en un imaginario, cuyo escenario es siempre cambiante (análisis personal, seminarios, supervisión, institución), ellas sostienen siempre un vínculo narcisista en relación al ideal del yo.

La institución puede, por el contrario, cumplir la función de terciar simbólicamente en las duplas analizando–analista, supervisando–supervisor, candidato–docente.

Terciar es situar al sujeto más allá de cualquier espejismo, permitirle rescatarse del laberinto de espejos, imaginario a zafar en todo análisis, supervisión o seminario.

Terciar es hacer lugar al malestar resultado del conflicto. Ya que es lo que no cierra, la diferencia entre lo que se busca y lo que se encuentra, o el lado simbólico de Ananké (el imperio de la vida) los otros del otro, los que permiten la intimidad de dos sin los riesgos de Narciso. Por esta razón esencial la institución analítica puede constituirse en pilar cuarto que posibilita los otros tres.

La pérdida de equilibrio supone la debilidad o ruptura de la triple apoyatura, el escoramiento anuncia el peligro de la caída en lo dual, la institución al terciar reintroduce desde la dinámica del proceso formativo la terceridad necesaria. En este sentido el cuarto pilar no sería un pilar sino el movimiento institucional necesario que propicia la restitución del tercero.

Transferencia y formación. Los seminarios

El problema a plantear sería cómo pensar la transmisión del psicoanálisis en los seminarios.

Que el psicoanálisis no se enseña se transmite es compartido por la mayoría de los analistas.

Por lo tanto si bien la estructura de los seminarios al establecer lugares para docentes, para candidatos (alumnos), programas y textos a trabajar, parece remitir a un modelo pedagógico, esta formación teórica establece su especificidad en la consideración de la presencia del inconsciente y sus efectos.

La diferencia hace al «énfasis que le demos al deseo y a la sublimación respecto a los ideales del Yo».

Este planteo, sin duda más rico, es también más complejo al vincular el proceso de formación en seminarios a la transferencia, los ideales, las teorías y el poder.

La transferencia, sin duda se pone en juego en los seminarios éstos como cualquier actividad humana de relación no escapan a esa disposición universal como la plantea Freud.

¿Qué no es la misma transferencia que en la cura?, por cierto, pero que se nutre de las mismas fuentes, también. La insistencia del inconsciente no cesa ni al finalizar el análisis, ni aún cuando nos declaremos «en proceso secundario», y las complejidades de los cruces transferenciales pueden constituirse en escollos en el seno de la institución.

En el Encuentro surgieron propuestas de instrumentación de medios para aminorar estos efectos, en los seminarios, (v.g. señalamiento en seminarios de una situación–obstáculo) Esta postura fue confrontada con aquellas que afirman que el ámbito de interpretación y señalamiento de la transferencia está limitado al espacio del análisis personal, postura que sostiene también nuestro grupo.

¿Qué sucede con los ideales?

Ellos dejan su impronta desde el proyecto mismo de ingreso a la formación. Ideales narcisistas de perfección, completud y sapiencia merodean y se cuelan en cada espacio a transitar, y aún en el fin de análisis, residuos que insisten, «restos activos» que movilizan resignificaciones propulsando el proceso formativo, pero que pueden también constituirse en verdaderos obstáculos al mismo.

Los seminarios, se constituirían en espacios de conceptualización, a través de un movimiento que oscilaría entre las certezas y el renunciamiento. Proceso doloroso y

necesario que bascularía entre la apropiación del modelo de otro (lo que alivia incertidumbres y oscuridades) y la construcción de un modelo propio siempre inacabado con lugar para la duda y la ignorancia.

Las propias instituciones aparecen como herederas de fuertes ideales narcisistas, reforzados a través de las generaciones y que tendrían su origen en la fundación misma de la institución por Freud.

Necesidad entonces de desmontar idealizaciones perturbadoras, pero necesidad también de sostener algo del ideal para no caer en la descreencia o en la desidentificación con la función analítica.

¿Y qué sucede con las teorías en el proceso formativo?

La riqueza que la pluralidad teórica aporta al psicoanálisis actual incluye ciertos riesgos (babelización).

Conjugar en la formación esa pluralidad enriquecedora con núcleos conceptuales sólidos, que posibiliten un lenguaje común y compartible es todo un reto.

Esto colocaría a las instituciones ante el desafío de poder pasar de tener una tarea de difusión y conservación de la herencia freudiana, en donde las teorías cumplían la función de emblemas identificatorios idealizados, a la institución concebida como taller que se permita una visión más crítica.

Si esto no fuera viable, las instituciones correrían el riesgo de acartonarse bajo el poder de las teorías dominantes lo que las llevaría a la pérdida de creatividad.

Por otra parte al analista en formación se le plantea el problema de como ser original y creativo sin perder la ortodoxia esencial.

Nuestra relación con las teorías siempre se encuentra en un vínculo de sobredeterminación.

Como dice Bataille: “Las teorías que me gobiernan, en parte inconsciente, provienen de las recomposiciones que he hecho sufrir a todos los discursos que han circulado alrededor mío desde mi nacimiento; están también los libros que he leído, tanto los de psicoanálisis como los otros... están allí todos los discursos de los que hacen o han hecho su análisis conmigo”.

Esto daría lugar a una zona de conflicto enriquecedora que favorecería la reflexión analítica y daría lugar a la creatividad. “La creación está presente en el contacto personal con las teorías, que hace de ellas para nosotros objetos nuevos, cada lectura hace de nosotros un creador, cada paciente hace de nosotros un nuevo analista... somos,

pero no ya los mismos.”

Se considera entonces necesario favorecer en los espacios docentes (seminarios, talleres clínicos) el surgimiento de la creatividad del candidato, generando un campo abierto donde la respuesta docente no obture la aventura de aparear el descubrimiento de los conceptos teóricos con la experiencia emocional puesta en juego en el proceso formativo.

¿Se puede abandonar la ilusión de formar analistas?

Formarse como analista en una institución parece al mismo tiempo una necesidad y una fuente de problemas. Quizás los problemas inherentes a todo grupo humano que por cierto lo es.

Y un malestar donde se entran el conflicto y la producción, como el descrito por Freud en la cultura. Pero no por universal y ya pensado debería dejar de preocuparnos, pues en su interrogación, en el trabajo de sus conflictos es donde desarrollamos nuestro perfil analítico posibilitador de cambios en el sentido del descubrimiento del inconsciente y de la sublimación.

La transmisión abre siempre una polémica sobre donde está el acento o lo medular. Se hace necesario recordar que mucho del proceso de transmisión permanece y permanecería en la opacidad, no obstante del trípode formativo consabido ya nadie duda en colocar el acento en el análisis personal.

Lo que como ya vimos es tradicional en el grupo formativo uruguayo, la independencia total del análisis personal de toda incidencia institucional, es un tema que vuelve desde los distintos institutos latinoamericanos como preocupación. Donde pensamos lo medular de la formación como analistas, pensamos en evitar en todo lo posible la incidencia institucional. Al mismo tiempo jerarquizamos la abstención del analista didacta, en especial referida a sus ideales, y en la importancia decisiva de la «desconstrucción de la transferencia», esto es, de la colocación en el analista de los ideales del Yo del analizando. En la institución como en todo grupo humano, los ideales, las transferencias múltiples tienden a rearmarse por doquier.

Los otros dos pilares de la formación se impregnan de ideales exigentes y narcisistas que muchas veces ensordecen desde el dogmatismo y omnisapiencia, la vacilante escucha analítica que requiere poder tolerar la incertidumbre.

Jerarquizamos en la transmisión del psicoanálisis el pilar donde el agente de la transmisión se abstiene, para dejar paso al deseo del analizante que, en posición de buscador puede empezar a recorrer los tan personales caminos de un nuevo analista.

De –formar a facilitar que alguien se forme, hay allí un salto esencial, que privilegia la razón misma del psicoanálisis. Alguien dijo en este sentido que los institutos deberían tender a ser como la Escuela de Atenas, un «foro abierto» si pudiéramos renunciar a la ambición de controlamos unos a otros y de enseñar algo que solo desde el (re)descubrimiento personal se hace posible en su vitalidad.

Este salto aludido implica un descentramiento de un lugar exigente y poderoso en otro(s) donde la precariedad del saber tornen al aburrimiento desvitalizado y de un seriedad extrema, en las posibilidades placenteras de un actividad más lúdica, o, como dijo alguien en el Encuentro, la posibilidad de transformar «lo no soñado en ensoñación» para acercarse al ser genuino que tendrá que ver con el estilo propio que tendrá el analista.

Si hay algo a enfatizar es la relación del analista con la verdad. Lo inalcanzable de esta pasa por un reconocimiento de lo no aprehensible al mismo tiempo que relanza su búsqueda.